

SENTIDO, EXPRESIÓN Y CULTURA*

ARTURO AGUIRRE

(FFyL-UNAM.)

A María Lida Mollo, con total aprecio.

Ninguno y los otros, que son mil
y nadie, un minuto y jamás.

Octavio Paz, *Trabajos de Poeta*, I

1. Hemos venido al mundo. Aquí, abrimos los ojos para mirar la anchura del horizonte que ofrece la textura de las circunstancias; ensayamos el lenguaje en una voz propia para *enterarnos* con los otros; atrevemos los pasos, calzados de vigor, con dirección a sitios extraños. En este mundo, nutrimos las acciones con las esperanzas, las ilusiones y los compromisos que la realidad ofrece en su conformación entre lo necesario y lo posible. Venimos al mundo, a este entramado de posiciones vitales, para expresar y recrear lo dado, con la impronta que señala lo que, entre nosotros, tenemos de semejante: somos el deseo, el afán de ser, de darle forma a la vida con el prominente derecho que tenemos a hacernos diferentes expresamente.

En la diferencia de quienes somos, expresamos lo que el mundo es: concreción de lo *diverso* en lo común, pluralidad de expresiones que *versan*, con sus dicciones y silencios, sobre una realidad compartida que tiene sentido, que es habitable. Así, edificamos mundo en la conversación de nuestras expresiones, pues éstas se hallan entretrejidas por el sentido, por la manera en como orientamos la coparticipación de nuestra actividad. Pero ésta no es infalible, pues “errar es de humanos”, y tal vez, por ello, nos cuidamos de abrir las alternativas más idóneas y decidir de la

* Artículo publicado en la Revista Rocinante, núm. 3, 2007. Nápoles

manera más razonable, en aras del buen sentido de nuestra existencia. En verdad, buscamos hacer de nosotros, no sólo lo humanamente posible, sino que, además, nos afanamos en hacer lo posiblemente mejor.

Es, de tal manera, que expresión, sentido y cultura se refieren a un mismo conjunto de interrelaciones centrífugas, de proyecciones e introyecciones, por cuanto son la manifestación cristalizada de un mundo que nos “prende”, que nos toma y nos enciende ese deseo común que no termina por colmarse en cada acción realizada.¹ Si podemos decirlo de alguna manera: el mundo tiene la lucidez en la cual es patente la policromía de la existencia, misma que se muestra en la diversidad de la piel con sus matices, en la encarnación de nuestros anhelos, entusiasmos y formas de mirar el diferir que somos y las diferencias que hacemos, en este empeño que es la vida. Porque hemos venido a aquí con esta ganancia generada, cultivada históricamente: los pensamientos, las creencias, los sentimientos, los ideales, las costumbres y las normas, las instituciones y las maneras de compartirlos. Con ellos, el mundo nos llama, nos convoca, pues este mundo de expresiones es elocuente, y en él hemos aprendido a disentir o a convenir con las mismas palabras, pero transformando las sonoridades y las vocaciones, los ecos y sus modos de ser, imprimiéndoles otros sentidos para afirmar nuestro lugar, en la búsqueda por generar una situación diferente que abra el provenir, desde éste frágil espesor de nuestra piel expresiva.

2. He aquí la idea y la vivencia de lo mundano. Sin embargo, por la fuerza de los hechos es imperioso afirmar que el mundo se ha vuelto des-aveniente: se retrae, se aleja dejando a la tierra... in-munda, inhóspita y hostil. Pues cuanto más insistimos en el derecho a la diversidad de la existencia —por la libertad de expresión que tiene nuestro ser— los hechos nos desmienten con la adversidad de sus forzosidades, con lo cual deja suspendidas en el aire las ideas universales,

absolutas o sintetizadoras de una humanidad armónica, justa, equitativa y comprensiva; poniendo en suspenso lo razonable y viable de un hombre “progresivo” más racional, más sensato y medurado, en fin, más auténtico y a la altura de los tiempos.²

La expresividad pierde sus palabras y razones, desfallece el sentido y nos quedamos con la pintoresca imagen “folklórica” de un orden multicultural, dominado por la tolerancia co-operativa y la desesperación de las individualidades y colectividades vacías. Vacías y vaciadas en la tensión que protagoniza cada uno de nosotros entre lo necesario y lo impostergable, en lo cual nos va la capacidad para generar vínculos que integren la subjetividad y la comunidad, allegándonos a una resistencia pasiva o a una resignación ante el anonimato de la adversidad.

“Perdemos el sentido”, desfallecemos, cuando la ganancia histórica de lo cultivado en lo razonable y lo posible, se extravía en aquello que pide la llana afirmación de la reiteración y asentimiento ante lo inevitable. Pues ya no vemos manera de evadirnos del siglo XXI en el que nos cuesta afirmar y dirigir el porvenir, centrados en la inmediatez que se inicia y se acelera bajo los signos de la globalización económica, de la transformación irregular de las comunidades en la carroña geopolítica —de la cual se alimentan los venidos a menos en su humanidad—; este tiempo que se gesta bajo la imprudente acción política en su pragmatidad administrativa, sin proyectos sociales y en franca violencia a las individualidades; este tiempo con su convergencia tecnológica, el derrumbe de las ideologías, la desigualdad extrema en los niveles de vida, el aumento demográfico desproporcionado, y el naufragio de la vida privada en las mareas del consumo y el ocio, (inundado, éste último, por la fuerte manipulación de lo simbólico). Es ésta la descomposición vertiginosa de las culturas y sus formas de vida ante la industrialización cultural, y las diásporas desde la pobreza hasta la inmigración, los quebrantos y abismos ocasionados en la interacción vital

que posibilitaban lo social, lo artístico, lo religioso con sus características “idiomáticas”. En fin, la aceleración que pone en boga referentes institucionales como huera ideologías para hoy y ya no más mañana (“un minuto y jamás”).³

En este panorama, espectáculo de tanta intemperancia y virulencia, parece imposible proyectar el existir, pues ello requiere de ideas e ideales comunes, por y en la palabra, para formarse, para dar sentido a la realidad que forja. Pero poco espacio podremos encontrar en la conglomeración de este nuevo orden, que más que ideas nos emplaza a la fuerza instintiva y explosiva del rechazo sobre todo lo que amenace el derecho a la diferencia y la diversidad aquí y ahora mismo. No tenemos tiempo para proyectar la vida, para alcanzar al mundo expresivo en su desplazamiento por este orden lacónico de las cosas. Si de algo estamos seguros, ahora que perdemos la capacidad de incertidumbre (puesto que ésta requiere de la inquietud y lo inquietante de lo posible) es que aquello que está por venir, no es “nuestro” porvenir mundano y creativo, sino lo consabido que sobre-viene en la operación sistemática para ordenar nuestras acciones con esta técnica y tecnologización necesarias para la vida. Ellas, no precisan del sentido ni del consenso, no piden ideas, iniciativas ni expectativas, ni ilusiones o esperanzas comunes; sino utilidades y utilidades, innovación y co-operación en una contingencia motriz excesiva, de la que no subsiste sino la sensación de vértigo, vacío y futilidad de un deseo que ya no se alimenta de lo que le falta, ahora que el mundo está tan lleno, tan “sobrado”.

3. Desde la antropología, la filosofía, la etnología y la sociología (desde la “transversalidad” —el término es de Baudrillard— del acercamiento hacia estas cuestiones) algo queda claro: entre tanta oscuridad, el mundo se consume, se apaga y se acalla. La evidencia más clara de esto no radica en las categorías que podamos utilizar para dar razón de tal acontecimiento, sino en los hechos

mismos que manifiestan el desgarramiento, la fractura, el colapso, el derrumbe y la descomposición de nuestras orientaciones e intenciones singulares y plurales. Todas ellas tienen como origen, y encuentran su repercusión, en la encarnación vital de la ceguera y de lo irrazonable, las pasiones que genera la ignorancia de lo inadvertido, el impúdico humanismo que con una mano afirma la diversidad y con la otra acciona la incompreensión comunitarista de la extranjería del otro, del extracomunitarismo de “aquéllos”; en fin, que el mundo se consume en el sinsentido de la existencia, la cual busca asideros, los que sean y como sean, para afirmarse, hasta en la negatividad del reconocimiento de sí misma y de los otros; hasta en la violencia al diferir y a lo propio.

El sistema de esta totalidad de forzosidades, que llamamos la adversidad —que no con poco pudor y no sin recelos nos atreveríamos a llamar “mundo”—, es el resultado de la improvisación espontánea de lo humano frente a lo adventicio. Por más que quisiéramos buscar las palabras mayores para enunciarlo, por más que regateemos a la razón los términos y hablemos de *mundialización* o *mundo* global, es preciso enfatizar que este conjunto de relaciones —cada día más estrechas por sus operaciones— no es resultado de una proyección cultural o de un consenso vital expresivo entre los hombres. La tierra se va quedando sin mundo, el planeta sin comunidades, las comunidades sin historia, y las individualidades sin proyectos, a medida que nuestras acciones y direcciones se reducen a una sola: el avance hacia el difuso sendero de las condiciones de vida, de aquello que se hace para vivir; en lo cual se transmuta, ineluctablemente, los medios de vida por los otrora fines vitales. Así que mientras más global es nuestro encuentro, más divididos nos encontramos; externamente interconectados e intrínsecamente fragmentados.

La tecnologización de nuestras interacciones, a la que no podemos ignorar, se ha incrementado aceleradamente consumiendo nuestras expresiones sociales, políticas, culturales y educativas. Con lo cual, ni termina de resolverse ni comienza por aclararse esa falta de solidaridad y continua transformación de las tradiciones, no se da una explicitación comprensiva de los cruces fronterizos de las identidades culturales que se consideraban sólidas, estables en su temporalidad, pero abiertas a los procesos paulatinos de receptividad de lo diferente.

El problema de nuestros días es que vamos perdiendo el mundo en la medida en que no tenemos tiempo que perder ante la adversidad. Ese tiempo necesario para que sea posible reinventarnos, recrearnos entre toda esa relajación de los lindes culturales que se reelaboran, extendiendo las incomprensiones en las diferencias e intensificando la indiferencia y las miradas de rechazo.

Porque debe enfatizarse bien: este nuevo orden no invita a la participación, exige la militancia en la certidumbre de lo ofrecido, o nos retira a la privacidad en la que cada uno se las ve con la deprivación de la intimidad. (Ese espacio íntimo que sólo se consolida en la solidez de sus relaciones con los otros diferentes, asunto éste que es cada día más imposible.)

4. Ahora, sin la intención de quitarle más tiempo al lector del necesario, y dado que mi tiempo se va consumiendo con cada palabra enunciada (aunque siempre queda mucho por decir), no quisiera dar la impresión, con estas reflexiones, de una congoja por lo insufrible, o un sentimiento de espanto y temor ante los peligros y las problemáticas de nuestra actualidad. No es misión del pensamiento educar, por los días que corren, en el arte de lo pusilánime, de la angustia y la tristeza que acrecientan ese desfallecimiento del sentido, el mutismo de la expresión y la frivolidad (a la que cada día somos más aficionados) al hablar de los problemas culturales que enfrentamos. Es

evidente que no podemos ser únicamente narradores fríos de esta situación que tantas consternaciones enciende; es evidente que no podemos regocijarnos en la morbosa descripción de las consecuencias sociales, las condiciones, los cambios y la intensificación de las fracturas en las identidades y las disposiciones para el accionar de la propia vida en lo mejor posible; es asimismo evidente que no podemos deleitar la mirada en la obscenidad de un orden cada día más desnudo en su cinismo y su sutileza —cada día menos sutil— de la “violencia simbólica”⁴ que nos afecta a todos (pues si esta violencia se ha intensificado no es porque sea más grave, sino porque hace mella en más personas y en lo más profundo de nuestra expuesta libertad, por cuanto al derecho de ser diferentes). No podemos cantar esta situación trágica, pues, porque hasta la insolencia tiene sus límites, quiero decir, que para que ella sea efectiva tiene que ser limítrofe entre lo que niega de lo hecho y lo que se afirma en el hacer; pero ahora son precisamente los límites los que se diluyen en esa transparencia de todo.

Pero tampoco podemos mantenernos con el prurito de aquél que se complace en el verbalismo de cámara, con el que pretende llamar a comparencia a la situación actual ante categorías ajenas a nuestra realidad; falseando, así, la vocación del pensamiento, que es impropia a la proclive irresponsabilidad y cobardía de las miradas de soslayo, con las cuales se pretende evadir un mundo cada día más lejano, más descarnado. Ha menester de enfatizar aquello que advierte Merleau-Ponty cuando señala que

A veces nos ponemos a soñar lo que podría ser la cultura, la vida literaria, la enseñanza, si todos los que participan en ella, después de haber rechazado de una vez y para siempre los prejuicios, se entregaran a la felicidad de reflexionar juntos... Pero este sueño no es razonable. Las discusiones de nuestro tiempo son tan convulsivas porque resisten a una verdad muy cercana, y porque están más cerca quizá que ningún otro de reconocer, sin velo que se interponga, las amenazas de la adversidad, las metamorfosis de la Fortuna.⁵

El reconocimiento frontal de la adversidad, las metamorfosis de este orden mundano por otro, del cual difícilmente podemos dar razón —no sólo porque nos falten las palabras para ello, sino porque se resiste a las razones de lo razonable—, este reconocimiento es necesario y saludable ante tanta deprivación, porque aún es posible discernir lo mal que andan las cosas hoy día.

Estamos ante la inminencia de la totalidad de lo inevitable, en la irreversibilidad de las forzosidades. Lo que hemos de preguntar es ¿qué queda por hacer?, mejor dicho, ¿es aún posible hacer con buen sentido ante la dinámica de los flujos y las redes, ante la planificación acelerada de las interacciones, y la convulsión de nuestras incertidumbres y posibilidades existenciales?

Es claro que ya no podemos apelar al sentido como una metarrealidad que se vierte sobre cada una de nuestras expresiones, otorgando cohesión a los “géneros de vida”, comunes en su ser y hacer. El sentido, pues, ya no tiene —si alguna vez la tuvo— esa naturaleza eólica de lo universal y racional, que mueve las hojas de nuestras acciones. El sentido radica, crece y cimbra en *esta* encarnación del mundo, este ser que no puede esconderse, pero que, ahora lo sabemos, puede volverse anónimo. Este ser que en su presencia misma es expresión visible de un lenguaje que ha aprendido de aquellas voces que lo preceden, de los que lo acompañan en el presente y en el que late lo venidero.

Quiero decir, que tanta mezquindad e injusticia, tanta uniformidad revestida de pluralidad, que tanta forzosidad adversa, pues, no nos priva de mirar que algo aún inquieta y conmueve las aspiraciones que tienen rostro, color y tono, y que difieren del gris consumismo y de la opaca pasividad a la que nos vemos retraídos a fuer de abusos, violencia y corrupción concretos de la vida. El sentido brota desde esa privacidad que busca ser más compartida, elocuente y diferente. Por absurdo que parezca, no podemos negarnos a confirmar lo que la filosofía por fin

reconoció en el siglo XX: el sentido es diverso porque tiene rostro, tiene edad, es sexuado, rural y urbano; el sentido se da en la expresión de aquellos, los nuestros, venidos de otras latitudes, con otros idiomas; pero el sentido es también de los de aquí, nosotros tan diferentes y tan propios, con afanes, con conflictos. Pues, el sentido es afanoso y requiere de las faenas que nos enseñen a mirarnos nuevamente, a que innovemos primordialmente la mirada, a que razonemos, no por debajo de lo visible, sino en esas evidencias inmediatas que se muestran en cada uno como ofrecimiento para la comprensión y la conversación del mundo. En fin, que el sentido está a la vista, que está encarnado en un *ser que es expresión*, que brega por expresarse en sus maneras de hacerse presente, y ya no tan ausente entre los otros. Que el sentido, la expresión y la cultura, aquellas ganancias históricas, están en la posibilidad de ser pérdidas en el balance de nuestro emergido siglo XXI. Y con ello no se pierde el mundo como algo distante y ajeno, perdemos, en la penuria que nos invade a cada uno, la libertad de hacernos, el derecho ontológico y existencial a diferir por la autenticidad.

Si es posible la recomposición, la reintegración o reordenación del mundo —lo que desde hace tres décadas se ha enfatizado por el pensamiento—, lo es únicamente en función de la responsabilidad y acciones mediadas con la prudencia que requiere madurez para comprender, no lo que sobreviene, sino lo que queda por venir.

En este sentido es que aquí debo avenirme a un “dispositivo de la detención”, de detenernos ante tanta celeridad, propaganda, militancia y la urgencia de amenazas galvanizadas con la peculiaridad de discursos de crisis. Discursos que inundan nuestra esperanza y naufragan nuestro porvenir en lo inhóspito del “mundo” otro. Pero esa detención debe encontrar su voz, debe convocar a una juventud que cada día es menos plural en la unívoca vociferación irreflexiva

de una protesta que ha perdido, no sólo los adversarios con nombre ante la adversidad anónima, sino que sobre todo va perdiendo la alegría y se ha agenciado la angustia ante el futuro y sus imposibilidades. Una juventud que no se detiene por sí misma, sino que es aquietada con la aprensión y la renuencia de un mundo sin materia ni plasticidad para los silencios, los héroes y la aspiración.⁶

Sobre esto hay que reflexionar seriamente, pero el lector no tiene tiempo que perder, y con la esperanza de que esto no haya sido una pérdida de tiempo —que nada más grave podría suceder aquí—, yo sigo ensayando, entre la no capitulación al sentido en la confirmación del afán, el entusiasmo y la amistad, eso que, parece, va siendo expresión de los últimos rincones de nuestra libertad para a-venir mundo: la detención.

¹ La idea de la interrelación, aquí señalada y que es tema de estas reflexiones, entre “sentido, expresión y cultura”, no puede encontrar sus acotaciones en estas apretadas páginas, sino que debe extender sus palabras (en un intento de abrazar el problema) a otros ensayos, “De la expresión o sobre el ‘mundo nuestro’. Acercamiento de la Filosofía de la expresión a la cultura y la educación”, intervención en la Primera Conferencia Internacional “Con todos y para el bien de todos” efectuado en La Habana, Cuba, 2005, bajo el auspicio de la UNESCO; “Palabras de paz”, artículo para la Revista de Humanidades de la Universidad Autónoma de Chihuahua; y “De la cultura y la encarnación del mundo”, en Aguirre Arturo (comp.) *Filosofía de la cultura. Reflexiones contemporáneas* México, Afinita Editorial, 2007. Sobre todo, los denuedos de esta inquietud, en torno a la situación contemporánea del hombre, el mundo y la cultura, hallan su apoyo en el escrito *El acontecer ontológico del ser de la expresión. Estudio fenomenológico de ontología fundamental, a partir del pensamiento de Eduardo Nicol*, Tesis de Maestría inédita, FFL-UNAM, México, 2005.

² Bajo el tenor de estas preocupaciones es pertinente referir a la obra de Eduardo Nicol, desde luego al texto central de su pensamiento, *La metafísica de la expresión*, en su primera (1957) y segunda versión (1974), editadas por el Fondo de Cultura Económica (FCE), México (y de la cual, esta última versión, pronto aparecerá la traducción al italiano realizada por la Profesora María Lida Mollo). Nuestro acercamiento a la filosofía nicoliana, en este sentido, es realizado desde el sistema de la “filosofía de la expresión”, que parte de la fundamentación ontológica de lo humano, en relación con lo cultural-educativo. Filosofía de la expresión que ha quedado señalada (aunque no explicitada) por la metafísica que revela al ser del hombre de una manera radical y auténtica en el fenómeno expresivo. Así, el desarrollo de la Metafísica de la expresión, emprendido por Eduardo Nicol, anuncia que: “El programa de esta obra [*Metafísica de la expresión*] no abarca el desarrollo completo de una ontología del hombre. Tampoco puede incluir los temas de una “filosofía de la expresión”, la cual aunque fundada antológicamente en los términos presentes, derivaría —y será conveniente lograr después esta derivación— hacia los campos de la estética, la ética, la teoría del conocimiento, etc. Hemos de confinarnos por ahora en el tema de la expresión desde el punto de vista estrictamente ontológico... pues el objetivo principal consiste en mostrar que la metafísica de la expresión es posible y necesaria.” (Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, 1ª. Versión,; pp. 214-215). Al respecto, cabe señalar que, en la obra del pensador catalán-mexicano, ese proyecto de la “filosofía de la expresión”, según advertimos, dio algunos pasos en su desarrollo, sobre todo en aquellas obras sistemáticas que trataron la repercusión existencial de los cambios y disposiciones actuales, y

aunque el tema de la expresión no sea *leitmotiv* de dichos textos sus fundamentos están ahí. [Nos referimos sobre todo al “tríptico” *El porvenir de la filosofía* (1972), *La reforma de la filosofía* (1980) y *La crítica de la razón simbólica* (1982); así como los dos importantes trabajos *La primera teoría de la praxis* (1978) y *La agonía de Proteo* (1981).] Los procesos y resultados de la investigación sobre el ser de la expresión, en la “tematización ontológica” de la estructura del acontecer que aquí se mencionan, fueron la preocupación central de nuestro trabajo *El acontecer ontológico*. En este sentido, las líneas que componen el presente escrito tienen en cuenta aquellos alcances, pero, sobre todo, las limitaciones que dicha indagación tuvo, en función de que el proyecto de la exégesis del ser humano se ajustó a su ontologización fenoménica como “ser de la expresión”, en el alejamiento teórico, indispensable por la delimitación fenomenológica, de las presuposiciones antropológicas, existenciales, situacionales y modales (modos de ser posibles de la existencia). Es, por tales motivos, que las presentes reflexiones deben considerarse desde un proceso continuo de la pregunta por el ser de la expresión; antes temáticamente ontológica, ahora explícitamente ontológico-existencial. En esta tarea ha menester atenerse a línea del pensamiento fenomenológico con las contribuciones de Heidegger en la compilación en castellano intitulada *Filosofía, ciencia y técnica*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1997; Emmanuel Levinás, prominentemente, en *Totalidad e Infinito*, Sígueme, Salamanca, 1977, y *Humanismo del otro hombre*, Siglo XXI, México, 1974; el Husserl de los *Renovación del hombre y la cultura: Cinco ensayos*, Anthropos-UAM, Barcelona, 2002, y del conocido *Crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Folio ediciones, 1984; Merleau-Ponty con su *Fenomenología de la percepción*, R.B.A., Barcelona, 1985 y *Signos*, Seix Barral, 1964. Desde la hermenéutica debo reconocer dos textos centrales para lo que aquí estoy persiguiendo, son aquellos ensayos (señalados como “Complementos”) de H.-G. Gadamer en *Verdad y Método II*, Sígueme, Salamanca, 2000; y el conjunto de ensayos de Paul Ricoeur, *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, FCE, México, 2002.

³ Es amplia la bibliografía que desde la sociología y la antropología hermenéutica se puede referir sobre estos asuntos y el mundo en tal condición, pero por ahora sea suficiente con mencionar, como líneas de orientación, a Alain Touraine, *¿Podremos vivir juntos?. Iguales y diferentes*, FCE, México, 2000; y a Clifford Geertz, *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos*, Paidós, Barcelona, 2000.

⁴ Vid., Pierre Bourdieu, “Una nueva vulgata planetaria” en *Selección de artículos. Le monde diplomatique*, Santiago de Chile, Aún creemos en los sueños Ed., 2002.

⁵ Maurice Merleau-Ponty, “El hombre y la adversidad”, en *Signos*, Seix Barral, Barcelona, 1964, p. 304.

⁶ Vid. E. Nicol, *El porvenir de la filosofía*, México, FCE, 1972, (Especialmente el cap. “Meditación de la protesta juvenil”).